

Pablo Martín Sanguiao



*La Santísima Trinidad
y María*



¿"TRINIDAD" O "CUATRINIDAD"?

¿QUIÉN ERES TÚ, OH MARÍA?

CONTEMPLACIÓN DE NUESTRA FE

¿"TRINIDAD" O "CUATRINIDAD"?

En el 2004 la Iglesia ha celebrado el 150° aniversario de la solemne proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de María. Y a tantas páginas maravillosas que acerca de la Inmaculada han escrito los Pastores de la Iglesia, Santos místicos y carismáticos y autores prestigiosos, quisiera añadir aquí algunas reflexiones que puedan ayudar a tener ideas claras y fe sólida.

Me sea permitido hacerlo por esta vez con una punta de polémica, pues en estos últimos años *serpentean* (una palabra bastante apropiada en este caso) extrañas ideas sobre María, incluso con el aval de pretendidas inspiraciones y mensajes. Hay quien, desatinando, llega incluso a IDENTIFICAR al Espíritu Santo con María Santísima (Alguno, más erudito, explica que la palabra hebraica "*Ruah*", o sea "Espíritu", es femenino: ¿y qué importa?). Tales extraños superdevotos *pretenden divinizar a María más de cuanto ya lo haya hecho Dios desde la Eternidad*. Ciertos falsos profetas o carismáticos se descubren ellos solos. Se sabe que cuando el diablo no puede frenar... empuja.

Cuando tomamos un libro o un texto, deberíamos preguntarnos: "¿El autor dice la verdad?". Y aún más importante es: "¿El autor *ama* la Verdad?" Pero como eso no siempre se ve enseguida, es conveniente que nos preguntemos: "¿Y yo, *amo* la Verdad? ¿Cuánto? ¿Cuánto estoy dispuesto a pagar personalmente o a sacrificar por amor a la Verdad?" La Verdad no tiene dueños, sino discípulos. No tiene padres, sino hijos. Por tanto, que nadie pregunte, como Pilato: "¿Y qué es la Verdad?", porque, aunque Pilato forma parte del "*Credo*", no forma parte de la Verdad, al menos en su comportamiento como se ve en el Evangelio. La Verdad, con absoluta certeza, es la que desde el principio conserva y proclama la Iglesia. Un Evangelio que no esté garantizado por la Iglesia no podemos tomarlo como seguro, o sea, como sin duda auténtico.

"Me asombro de que tan pronto, de Aquel que os ha llamado con la Gracia de Cristo os paseis a otro evangelio. En realidad, sin embargo, no hay otro; hay solamente algunos que os turban y que quieren subvertir el Evangelio de Cristo. Pues bien, si nosotros mismos o un ángel del cielo os predicara un evangelio diferente del que os hemos predicado, ¡sea anatema!" (Gal. 1,6-8).

La verdad de la Inmaculada brota de Dios. María, antes de ser concebida en el seno de su madre Santa Ana, ha sido concebida en el Seno de las Tres Divinas Personas. Vamos, pues, por orden:

1) Dios es un solo Dios en tres Divinas Personas. Como todos saben, en el Antiguo Testamento no fue dada una revelación explícita del Misterio Trinitario: las Tres Divinas Personas del único Dios. Desde el primer capítulo del Génesis, hay ya elocuentes alusiones a Dios (*singular*) que habla en *plural*: "*Y dijo Dios: Hagamos al hombre a Nuestra imagen, a Nuestra semejanza... Y Dios creó al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y hembra lo creó...*" (1,26-27). "*El Señor Dios dijo entonces: He aquí que el hombre ha llegado a ser como uno de **Nosotros**...*" (3,22). Lo mismo vemos en el cap. 18, la aparición de Dios a Abrahám: "*...vió que **tres hombres** estaban de pie a su lado... Apenas los vió... se postró en el suelo, diciendo: **Señor mío**, si he hallado gracia a tus ojos...*" Son llamados "*ángeles*" las dos personas que prosiguen, pero este nombre tiene sentido etimológico ("enviados"). En este sentido dice Isaías, 48,16: "*Ahora el Señor Dios me ha mandado a Mí junto con su Espíritu*"... En una palabra, hay elocuentes alusiones en el Antiguo Testamento, que sin embargo se iluminan tan sólo a la luz del Nuevo. La Trinidad de Personas del único Dios se manifiesta solamente a partir del bautismo de Jesús en el Jordán. Y luego Jesús habla tantas veces de este Misterio: "*El*

que me ve a Mí, ve al Padre". "El Padre, que vive en Mí, hace sus obras". "El Padre y Yo somos una sola cosa", etc.

La Santa Iglesia ha recibido esta Revelación Suprema y profesa esta Fe, unida a la otra Verdad, que es la Encarnación del Verbo, verdadero Dios y verdadero Hombre, por nuestra salvación Crucificado y Resucitado. Esta Fe está expresada en el "Credo", en el que va incluida (como objeto de Fe) la misma Iglesia, ya que ninguno de nosotros ha recibido el depósito de la Divina Revelación directamente, como lo ha recibido la Iglesia, que lo conserva y lo transmite a todos. En el "Credo" la Iglesia confiesa también quién es María y cuál es su puesto excelso y único en el Proyecto de Dios.

2) **María es pura Criatura**, como lo es la adorable Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo. Entre el Creador y la criatura la diferencia es *esencial*, la distancia es *infinita*. La criatura no es "una parte" del Creador. Nosotros no somos algo de *lo que es Dios*, sino de *cómo es Dios*. A Dios se debe el culto de "latría", es decir, de adoración; a los Santos y a los Angeles de "dulía", o sea, se les venera, mientras que a María se le da de "hiperdulía", ésto es, de superveneración, pero no de adoración.

Su Maternidad es Divina (nos enseña la Iglesia), no obstante Ella sea una persona humana. Su Fecundidad Virginal che la une como Madre a una Persona Divina (la Segunda Persona) es la misma e idéntica Fecundidad Eterna y Virginal de Dios Padre (de hecho es "Divina"). Sin embargo María es una persona creada, es una persona humana. María es persona humana, fruto de lo mejor que Dios es capaz de crear y plasmar y amar, y aunque Ella es humana, el Amor de María, su Querer, por lo tanto su Fruto, es bendito y Divino, porque desde el primer instante de su vida se dejó vivificar por el mismo Querer de la Stma. Trinidad. Todos sus actos existenciales tienen un valor Divino, por ser fruto de ese Querer Divino, que Ella no tiene por su propia naturaleza, sino por Gracia recibida: "la Llena de Gracia", objeto de la Gracia Divina y así mismo depositaria de todo lo que Dios es capaz de dar sólo por Gracia, depositaria de la plenitud de la Gracia.

María no tanto es Madre de Dios porque ha concebido el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, sino porque Jesucristo es Dios, así como la madre di Antonio es "la madre del ingeniero" porque "Antonio es ingeniero". Pero la Stma. Virgen no es la Madre de Jesús sólo durante nueve meses, ni mientras que Jesús fué niño, ni sólo durante los 33 años de su vida terrena, ni sólo hasta la muerte de Jesús, sino también en su Resurrección y aún después de su Ascensión; es decir, durante todo el tiempo que Jesús es Jesús, o sea, desde siempre y para siempre. Por tanto, María es Madre Divina ¡y sin embargo Ella no es ninguna de las Tres Adorabilísimas Personas que son el único e indivisible Dios! Contemplaremos el alcance real de la Maternidad de María respecto a Jesús y respecto a nosotros.

María es criatura, es solamente humana (¡mas no como lo somos nosotros, decaídos a causa del pecado original y de nuestros pecados personales, sino perfecta!). Por tanto María es limitada, como lo es también la Naturaleza Humana de Jesús, que es sin embargo Persona Divina. Y aquí contemplamos un grande misterio: Dios Todopoderoso, si al crear a María hubiera podido hacer más y mejor, lo habría hecho... Dios de infinita Sabiduría, si hubiera sabido hacer más y mejor al crearla, lo habría hecho... Dios de infinito Amor, si hubiera sido capaz de amar todavía más, de dar



La Virgen de la Revelación, en su aparición en Tre Fontane, Roma, 1947), se presentó diciendo: "Yo soy la que es en el seno de la Divina Trinidad"

aún más, más le habría dado, más la habría amado... “Ha tocado el máximo” de Sus posibilidades, y sin embargo Dios es Infinito en todo; por consiguiente, “¿Quién eres tú, oh María, aunque no seas Dios?” Adoremos el Misterio en este aspecto *paradójico*, pero no pretendamos vanamente redefinirlo, contradiciendo lo que nos ha manifestado la Divina Revelación y la Fe de la Iglesia.

Al demonio no le importa que se hable, que se discuta, que se razone... al infinito acerca de Dios; lo importante para él es que no se haga la Voluntad de Dios y que no nos sometamos a Dios con amor. Un juego característico del padre de la mentira es querer jugar con la Verdad, con tal de que nos parezca como él quisiera. Sin duda hay no pocas cuestiones acerca de las cuales la Santa Iglesia hasta ahora no se ha pronunciado y en las que es lícito presentar (con humildad) una pluralidad de puntos de vista. Pero cuando la Fe de la Iglesia es clara, tajante y definitiva, cuando en juego está el honor y la gloria de Dios, cuando en juego está la Verdad, no queda más que TOMARLA O DEJARLA, acogerla sinceramente Y SIN SUBTERFUGIOS, o bien declarar francamente: “esta afirmación de la Iglesia no la acepto, porque YO tengo otra que me satisface más, por lo tanto me voy”. Punto y basta.

Pues bien, en nuestro caso, admitiendo la posible *buena fe* de las personas que en su ignorancia declaran esas peculiares ideas *suyas* acerca de la Stma. Virgen y la Adorable Trinidad de Dios, ofrezco aquí algunas reflexiones mías, para anunciar y presentar la Fe de la Iglesia, en caso de que hasta ahora no la hubieran conocido de modo auténtico. Pero si, con todo, quisieran perseverar en *su* particular “credo”, puesto que **contradice** el “Credo” de la Iglesia, que es el mío (el “credo” de tales personas a mí no me interesa, allá ellas), no añadiría ni una palabra más. Mi protesta sería ésta: ¡No pretendan enseñar como lícita, posible, edificante y digna, tal doctrina! ¡No se comprometa a la Iglesia en una falsedad! No se pretenda hacerla pasar como fruto “*de pretendidas inspiraciones, ni de revelaciones, ni de alguna carta presentada como nuestra*” (cfr. 2ª Tes. 2,2)

* * *

CONTEMPEMOS EL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD Y, EN LA TRINIDAD DE PERSONAS DIVINAS, MARÍA

Lo hacemos "por analogía", como todo lo que se refiere a Dios, infinitamente más grande que nosotros, transcendente. Si Dios me ha creado, poniéndose a Sí mismo como Modelo único, digno de Sí, significa que en Dios sucede algo semejante a lo que sucede en mí. Si yo tengo en mi mente y en mi conciencia (o para ser más exacto, en mi inteligencia, voluntad y memoria) *una cierta idea de mí mismo, el concepto de mí mismo*, (y puedo decir que es como mi propia imagen interior, diferente de la otra que veo en un espejo, que es sólo exterior y muy parcial), *así Dios tiene en Sí UNA IDEA PERFECTÍSIMA de Sí mismo.*

Confieso que antes de hablar de estos sublimes misterios de Dios, a partir de cuanto El nos ha revelado, deberíamos besar siete veces el suelo, lavarnos siete veces la boca, queriendo decir que todos somos absolutamente indignos e incapaces de hacerlo y que hace falta un respeto infinito. Sólo Dios, que nos concede poder reflexionar, puede purificarnos la mente, el corazón, los labios, “con un carbón encendido” de su Amor, como a Isaías.

Y reconozco que estas pequeñas reflexiones (de las que me asumo toda responsabilidad) son apenas un balbuceo, si bien con un átomo de amor, ante la verdadera Realidad Divina. En ellas hago mía la auténtica Fe de la Iglesia. Pero si la Iglesia me dijera que alguna cosa de mi meditación no fuera conforme a la verdad, la borraría inmediatamente de mi mente... En tal caso tendría que ser la legítima Autoridad de la

Iglesia la que me lo dijera, porque por otro lado, si por hipótesis sucediera que una gran mayoría de fieles e incluso de Pastores (como en alguna ocasión ha ocurrido en la historia), se alejase *por defecto* o *por exceso* de la Doctrina auténtica, con la Gracia del Señor no les seguiría en ello.

“¡Si alguien os anuncia un evangelio distinto del que habeis recibido, sea anatema!”

La Idea que Dios tiene de Sí, el Conocimiento de Sí, el Concepto de Sí, la Imagen de Sí mismo, es lo que El llama su Verbo, su perfecta Palabra o Expresión, en la que se ve realizado, *“el Resplandor de su Gloria e Impronta de Su Sustancia”*, como dice la Carta a los Hebreos, 1,3.

Dios no es “algo” sino “Alguien”, o sea, un Ser responsable de sus propias acciones y decisiones, es decir: un Ser PERSONAL. El concepto o conocimiento que tiene de Sí mismo es perfectísimo (no es como el que yo tengo de mí mismo, que me conozco sólo hasta un cierto punto); por consiguiente su Concepto o Verbo es así mismo PERSONA, es Otra Persona, con la cual puede mantener un inefable DIALOGO (mientras que yo, conmigo mismo, con mi imagen interior o con la imagen externa que veo en el espejo, puedo tener sólo un monólogo, porque no es otra persona).

Ese “Diálogo” o “Relación” en que se comunican recíprocamente todas sus cosas, es tan perfecto, que a su vez es también “Alguien”: es la Tercera Divina Persona, el Espíritu Santo, cuyo Nombre expresa la Esencia misma del Ser Divino. Es decir, que ninguna de las Tres Personas que son un único Dios puede estar sin las otras Dos ... Eso quiere decir que *la “persona”* no resulta sólo del ser consciente y responsable de sus propias decisiones (un recién nacido es también persona, si bien aún no “ejerce” lo que es), pero también resulta de la relación ontológica con las otras personas: por ejemplo, el Padre es Padre porque tiene el Hijo...

Hasta aquí llega la reflexión acerca del *Ser Divino, único e indivisible en Tres Personas iguales y distintas* (diría también “recíprocas”).

Pasemos a considerar *Su recíproco Amor*. En ese intercambio de Amor y de Vida entre el Padre y el Hijo,¹ el Padre manifiesta y comunica todo lo que El es al Hijo, todas sus infinitas perfecciones... Le da todo menos algo, una cosa que “no puede” depositar en el Hijo, porque sería contradictorio: su condición específica de *Padre del Verbo*, puesto que el Hijo no podría ser “Padre de Sí mismo”. Ni tampoco se la puede dar al Espíritu Santo, porque esta Divina Persona constituye “la Relación”, “el Vínculo”, “el Diálogo de Amor” entre las Dos primeras... ¿Qué hacer?

El Ser Divino es perfectísimo, no necesita de nada, nada se le puede añadir ni quitar. Pero su Amor no estaría satisfecho si las Tres Divinas Personas no dieran todo, si retuvieran algo para Sí. La solución ha sido ésta: sin necesidad de nada, sino sólo por amor, el Padre ha querido *eternamente* otra persona, distinta del Hijo y del Espíritu Santo, una “cuarta persona”, a quien poder comunicar o con quien poder compartir Su condición específica de Padre del Verbo. Una persona por lo tanto distinta de Dios, externa a la Stma. Trinidad, una persona *que había de crear apostata* para desahogar su Amor: en esa Criatura única la Paternidad Divina, su Fecundidad Virginal, se llama “Maternidad Divina”, ¡pero es la misma!

¹ - Atención: éstos son los Nombres que da la misma Sagrada Escritura. Si el Padre se llama “Padre” es porque así tiene que ser, aunque Dios, que es purísimo Espíritu, no sea ni “masculino” ni “femenino”. El no toma ese nombre o concepto del hombre que llega a ser “padre”, sino todo lo contrario: al ser Dios precisamente así, ha querido dar al hombre esta característica. De igual manera, el Hijo de Dios ha querido hacerse “Hijo del hombre”, precisamente porque así refleja su condición Divina de ser “el Hijo”. Pero el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo podrían ser llamados, respectivamente, “el Amante, el Amado y el Amor”, o “la Fecundidad Divina, el Fruto de esa Fecundidad y el Realizador de esa Fecundidad”.

He dicho "eternamente". Y eso es porque en Dios no hay sucesión de actos, sino que Dios ES un Acto puro, único, infinito, exhaustivo. Dios es "el que ES". A nosotros nos parece que primero hace una cosa y después hace otra; pero ese Acto está por encima del devenir temporal. Por consiguiente, desde el punto de vista de Dios, no sólo María, sino también nosotros y todo lo que existe somos "eternos", siempre presentes en el Pensamiento y en el Querer de Dios, pero desde el punto de vista de nuestro ser criaturas, somos "temporales": o sea, hemos tenido un comienzo de existencia, aunque nosotros los hombres, como también los Angeles, no tendremos fin. Y somos "temporales" también porque pasamos continuamente de la posibilidad a la realización o acto, que tiene lugar siempre en un acto de existencia sucesivo.

Y cuando el Verbo Divino vió la Paternidad de su Padre amado "bilocada" (por así decir) en una criatura, en el arrebató de su amor decidió hacerse El también criatura, para ser su Hijo y honrar así en aquella criatura la Paternidad de su Padre... Así pues, bien podemos afirmar que el primer motivo (en orden de importancia) que el Verbo Eterno ha tenido para encarnarse, no ha sido el pecado de los hombres, sino la Gracia perfecta de María...

A partir de ello, por motivo de esa Pareja inicial de Criaturas, Dios ha decretado dar la existencia a todas las demás, en su orden y grado. Apoyándome en la autoridad de San Pablo (Ef 1, Col 1) y de San Juan (Jn 1), concluyo diciendo que

- desde la Eternidad el Hijo o Verbo Eterno de Dios es Jesucristo (pues su Naturaleza humana, su Encarnación, no es cosa facultativa o secundaria) y es el Hijo de María;
- que en el tiempo, al encarnarse, ha tomado nuestra naturaleza humana, porque antes, al crearnos, nos había dado Su Naturaleza Humana. ¡Así pues, si El se ha hecho Hombre como nosotros, es porque antes nos ha hecho hombres como El!

El Padre ha mirado a su Divino Hijo y ha visto a María; mirándolos después a Ambos, nos ha visto a todos nosotros; mirándonos a nosotros ha visto todo el resto de la Creación... *"Todo es vuestro, pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios"* (1ª Cor 2,22-23). Pero su Ideal no termina aquí: mirando a cada uno de nosotros, ahora quiere ver a su Unico Hijo, Jesucristo, en nosotros. ¡Ese es su verdadero Reino! Pero cómo queda defraudado cuando nos mira y no Lo ve, o ve apenas algo...

* * *

LA MATERNIDAD DIVINA DE MARÍA

Una vez, una mujer, llevada por el entusiasmo hacia Jesús, levantó la voz en medio de la gente y exclamó, con un piropo pintoresco: *"¡Dichoso el vientre que Te ha llevado y el pecho que Te ha amamantado!"* Pero El dijo: *"Dichosos más bien los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen"* (Lc 11,27-28).

Lo que distingue a María a los ojos de Jesús no tanto es el que Ella Lo ha concebido y Lo ha amamantado, como el haber acogido la Voluntad de Dios, dándole vida en Ella. En teoría, cualquier mujer habría podido concebirlo, incluso de un modo virginal, por obra de Dios (¿por qué no?), pero la verdadera condición para poder ser la Madre de Jesucristo era poseer la misma Voluntad del Padre, su Potencia creadora, su Divina Fecundidad virginal: ser la perfecta imitadora del Padre Celestial. Eso sólo María lo ha tenido y lo ha hecho.

Hemos dicho que, aunque Ella es pura criatura, su Maternidad es Divina, no sólo porque su Hijo es Dios, sino porque en Ella el Padre Celestial ha querido manifestar y comunicar su Divina Paternidad, su Fecundidad virginal, su Potencia creadora. Y también por la forma como María vive esta Maternidad suya y por el alcance de la misma respecto a su Hijo y a sus hijos.

Hablar de ello y darnos noticia de ello es algo que sólo el Señor podía hacer; es un honor que El se ha reservado. Habla de ello en el último capítulo del último volumen de los escritos de la Sierva de Dios Luisa Piccarreta, el 28 de Diciembre de 1938, como dando a entender que como conclusión del suculento y superabundante “Banquete de las Bodas del Cordero”, de esos 36 “platos” maravillosos que son sus volúmenes, este capítulo es “el postre” final:

*“...Ahora, hija mía, escúchame y préstame atención. Quiero decirte una gran sorpresa de nuestro Amor y quiero que no te dejes escapar nada: quiero hacerte conocer **adónde llega la Maternidad de mi Madre Celestial, qué hizo y cuánto le costó y le sigue costando.***

Pues bien, debes saber que la gran Reina no sólo Me hizo de Madre al concebirme, al darme a luz, al alimentarme con su leche, al dedicarme todos los cuidados posibles necesarios en mi infancia; eso no era suficiente ni a su amor de Madre ni a mi amor de Hijo. Por eso su amor materno corría en mi mente y, si Me afligían pensamientos, Ella extendía su Maternidad en cada uno de mis pensamientos, los escondía en su amor, los besaba, de modo que Yo sentía mi mente escondida bajo su ala materna, que nunca Me dejaba solo; cada pensamiento mío tenía a mi Mamá que Me amaba y Me rodeaba de todos sus cuidados maternos. Su Maternidad se extendía en cada uno de mis respiros, en cada uno de mis latidos, y si mis respiros y latidos se sentían sofocados por el amor y el dolor, Ella corría con su Maternidad para no dejarme sofocar por el amor y como bálsamo para mi Corazón traspasado. Si Yo miraba, si hablaba, si obraba, si caminaba, Ella corría para recibir en su amor materno mis miradas, mis palabras, mis obras, mis pasos, los cubría con su amor materno, los escondía en su Corazón y Me hacía de Madre. Incluso en el alimento que Me preparaba hacía correr su materno amor, de manera que Yo, hasta comiendo, sentía su Maternidad que Me amaba.

Y luego, ¿qué te diré, de hasta dónde llegó su Maternidad en mis penas? No hubo pena, ni gota de sangre que derramé, en que no sintiera Yo a mi Madre querida. Después de hacerme de Madre, tomaba mis penas y mi sangre y se las guardaba en su materno Corazón para amarlas y proseguir su Maternidad.

¿Quién podrá decirte cuánto Me amó y cuánto la amé? Mi Amor era tan grande, que en todo lo que hice no sabía estar sin sentir su Maternidad unida a Mí. Puedo decir que Ella corría hasta en mi respiro para no dejarme nunca solo y Yo la llamaba. Su Maternidad era para Mí una necesidad, un consuelo, un apoyo para mi Vida acá abajo.

Ahora, hija mía, escucha otra sorpresa de amor de tu Jesús y de nuestra Mamá Celestial, porque en todo lo que hacíamos entre Ella y Yo, le amor no hallaba obstáculo, el amor del uno corría en el amor del otro para formar una sola Vida. Sin embargo, queriendo hacerlo con las criaturas, ¡cuántos obstáculos, rechazos e ingratitudes! Pero mi Amor no se detiene jamás.

Así pues, debes saber que, a medida que mi inseparable Mamá extendía su Maternidad dentro y fuera de mi Humanidad, Yo la constituía y confirmaba como Madre de cada pensamiento de las criaturas, de cada respiro de ellas, de cada latido, de cada palabra, y le hacía que extendiera su Maternidad en las obras de ellas, en sus pasos, en todas las penas.

Su Maternidad corre en todo; en las ocasiones de peligro de caer en el pecado corre y cubre a las criaturas con su Maternidad para que no caigan y, si han caído, pone su Maternidad como ayuda y defensa para que se puedan levantar.

Su Maternidad corre y se extiende sobre las almas que quieren ser buenas y santas, como si encontrase a su Jesús en ellas, hace de Madre a sus inteligencias, las guía en sus palabras, las cubre y esconde en su Amor materno, para hacerles que crezcan como otros tantos Jesús.

Su Maternidad es espléndida en el lecho de los agonizantes y, haciendo uso de los derechos de su autoridad de Madre, que Yo le he dado, Me dice con una ternura tal, que Yo no puedo negarle: “Hijo mío, soy Madre y son mis hijos, he de ponerlos a salvo. Si no Me lo

concedes, mi Maternidad queda frustrada". Y mientras dice así los cubre con su amor, los esconde en su Maternidad para ponerlos a salvo.

Mi Amor fue tan grande, que le dije: "Madre mía, quiero que Tú seas la Madre de todos y que lo que Me has hecho a Mí, se lo hagas a todas las criaturas. Tu Maternidad se extiende en todos sus actos, de manera que los veré a todos cubiertos y escondidos en tu amor materno". Mi Mamá aceptó y quedó confirmado que no sólo había de ser la Madre de todos, sino que tenía que llenar cada uno de sus actos con su amor materno.

Esta es una de las gracias más grandes que he hecho a todas las generaciones humanas. ¿Pero cuántos dolores no recibe mi Madre? Llegan a no querer aceptar su Maternidad, a despreciarla, y por eso todo el Cielo pide y espera con ansia que la Divina Voluntad sea conocida y reine; y entonces la gran Reina hará a los hijos de mi Querer lo que hizo a su Jesús y su Maternidad tendrá vida en sus hijos.

Yo cederé mi puesto en su Corazón materno a quien viva en mi Querer; Ella Me los educará, dirigirá sus pasos, los esconderá en su Maternidad y santidad; en todo lo que hagan se verá impreso su amor materno y su santidad; serán verdaderos hijos suyos, que se Me parecerán en todo... Y, oh, ¡cómo quisiera que todos supieran que los que quieren vivir en mi Querer tienen una Reina y una Madre potente, que les suplirá en todo lo que a ellos les falta, les hará crecer en su regazo materno y que en todo lo que hagan estará con ellos, para modelar sus actos conforme a los de Ella, tanto que se conocerá que son hijos formados, custodiados, educados por el amor de la Maternidad de mi Madre, y ellos serán los que la harán contenta, y serán su honor y su gloria."

Estas palabras de Ntro. Señor se apoyan en estas otras, que El dijo en el Evangelio: "Mi alimento es hacer la Voluntad de Aquel que Me envió y dar cumplimiento a su Obra" (Jn 4,3-4). Para Jesús, la Voluntad del Padre es el alimento, es el respiro, es la vida. Y así como incesantemente la recibe del Padre ("El Padre, que tiene la Vida, Me ha mandado a Mí y Yo vivo por el Padre", Jn 6,57), por el hecho de haberse encarnado en María recibe de Ella incesantemente la misma Vida, la Voluntad del Padre.

Jesús no la ha excluido en nada. No era necesario que María estuviera físicamente presente al lado del Hijo; estaba siempre espiritualmente presente en cuanto Madre, ya que vivían de un solo Querer Divino, en el que María tomaba parte activa en cada cosa querida por el Padre. Por eso Jesús no ha hecho nada –ni un paso, ni un milagro, ni una enseñanza, ni un perdón, ni un sacramento– sin pedirle a su Madre su consentimiento, más aún, su plena participación, incluso que Le ordenara hacerlo según la Voluntad del Padre. Jesús siempre ha sido Hijo de Obediencia y María Madre de Obediencia.

Por eso María no sólo es "la Madre de Jesús" (según nuestro concepto de "madre"), sino la Madre de cada pensamiento de Jesús, de cada uno de sus latidos y respiros, de cada una de sus palabras, de cada una de sus obras y de sus pasos. ¡Ella es la Madre de cada sacramento, Madre de la Eucaristía, Madre de cada milagro, Madre de cada enseñanza, Madre de cada gracia, de cada pena de Jesús, de cada gota de su Sangre, Madre de toda la obra de la Redención, Madre de la Resurrección! Madre no por un título honorífico, sino de hecho, bien sabiendo Ella que en cada instante, para cada cosa, su Hijo había establecido tener necesidad de Ella, de su Maternidad Divina, de su "Sí", de su "Fiat"... El "Fiat" de María no se limitó al momento de la Encarnación: tenía que repetirlo incesantemente toda su vida. No existe una sola página del Evangelio, una sola palabra en él, que no sea fruto bendito del Espíritu Santo y del "Fiat" de María. ¡Por eso toda la Vida de Jesús, que nace del "Fiat" de María, está depositada en María, es suya! Y de esa Vida Ella puede disponer sin límites, para formarla en sus hijos, los miembros del Cuerpo Místico de su Hijo. ¡Por eso es Medianera de toda la Gracia, por lo tanto Medianera de toda la Voluntad del Padre (la Vida) para dársela a sus hijos, como se la dió a su Hijo!